

Joaquín González Cuenca

El nombre de Joaquín González Cuenca yace tras la magnífica edición de los cinco tomos de *El Cancionero general de Hernando del Castillo* (Castalia). La calidad y magnitud de la empresa no sólo dan cuenta del empeño, erudición y pasión de este Catedrático de Literatura de la Universidad de Castilla-La Mancha, sino también de su profundo conocimiento de amores pastoriles y mundanos, asuntos devotos y burlescos y cantares palaciegos y populares

Tinta china, acuarela... y mucho más

Mi amigo Javier Carvajal, que entiende mucho de esto, me asegura que la obra de Miguel es un referente del género. Mi amigo Adolfo Llamas, que también entiende de esto, me lo corrobora. Yo suelo fiarme de la opinión de los amigos que entienden; así que, si lo dicen ellos, será verdad. Y como no soy quien para sentenciar sobre asuntos que me caen a desmano, me quedo ante la obra de Miguel Calatayud en una postura de respetuoso silencio. Eso sí, nadie me va quitar el derecho y las ganas de hacer un ejercicio de empatía, y lo voy a hacer.

En el Madrid de los Austrias menores hubo un momento en que el mundo de los calígrafos estaba dominado por una familia de manchegos, los Morante, que llegaron a tal nivel en el manejo de la pluma que se llegó a sospechar de la existencia de un pacto con el diablo. Pedro Díaz Morante, el Viejo, recoge el rumor de «que sólo Dios o los ángeles podían hacer lo que yo prometía y que era caso de Inquisición y que debía ser hechicería». ¿Exagero si digo algo parecido de lo que ha ido saliendo de la plumilla y los pinceles de Miguel Calatayud? ¿Cómo puede ser que con cuatro líneas y cuatro colores se pueda construir un imaginario tan rico? Lo dicho: auténticas diabluras.

Este señor lleva décadas enfrascado en un mundo fantasmal al que de vez en cuando nos deja asomarnos y llega un momento en que nos sentimos enganchados y ya no podemos salir de él. A mí, al menos, eso es lo que me pasa. Miro y remiro sus exquisitos monigotes, que, ¡jojo!, de infantiles no tienen nada, y me siento metido en el juego, como un muñeco más.

La obra de Miguel es lo más parecido a un beato medieval. Portentosa figuración monacal de un alucinado con la cabeza habitada por un sinfín de bestezuelas apocalípticas que infunden todo menos miedo. Su bestiario, como el del monje, es de lo más inofensivo. Miguel es como un niño que juega a la vez con una lagartija y un alacrán, sin discernir de dónde le puede venir el peligro. Su naturaleza es una naturaleza en estado de inocencia. Eso es vida, y no la nuestra, que está en un continuo sobresalto por los peligros del alma y del cuerpo. Llegar a jugar con los monstruos como si tal cosa es la solución, al fin de cuentas.

Agua, tierra, mar y aire. Los cuatro elementos enredados en una danza sin fin. Y los astros. Y los pájaros. Y las palmeras. Y un reloj. Y estrellas de mar. Y casas con gente dentro. Y mujeres que, como todas las mujeres, no se descuidan jamás, siem-

pre con la sospecha de que alguien las está viendo. Y el caballo de bastos y la sota de oros. Y un canguro. Y unos senos. Y el dios Neptuno haciendo alardes. Y selvas equinocciales. Y palacios encantados. Y, ¡oh maravilla!, ¡perros que ladran! Sí, sí, ¡perros que ladran, perros que dicen «guau»!... ¿Para qué voy a seguir? Sí, señores, este es el retablo de las maravillas.

Ignoro por completo la técnica artesanal que le proporciona a Miguel los atajos para acceder al mundo de la fantasía. «Tinta china y acuarela», se lee una y otra vez al pie de las ilustraciones, pero eso no es decir nada. Son cosas del oficio, que se resuelven con habilidad y ya está. Yo me pregunto por lo otro, por el tránsito de los colores a los sueños. Toda la gracia está en dar el salto del color al sueño, pero sin dejar el color atrás. El místico dice que en su vuelo a las alturas el sentido queda anulado, en suspenso. Aquí no. Lo que hace Miguel es, más que colorear el papel, colorear el sueño, consiguiendo que goce el espíritu en la medida en que sigue gozando el sentido. No sé si será mucho decir, pero a mí me parece que eso es arte puro, querido Miguel. Al menos, eso es lo que a mí me ocurre siempre que me planto delante de tu gran guiñol. ▶

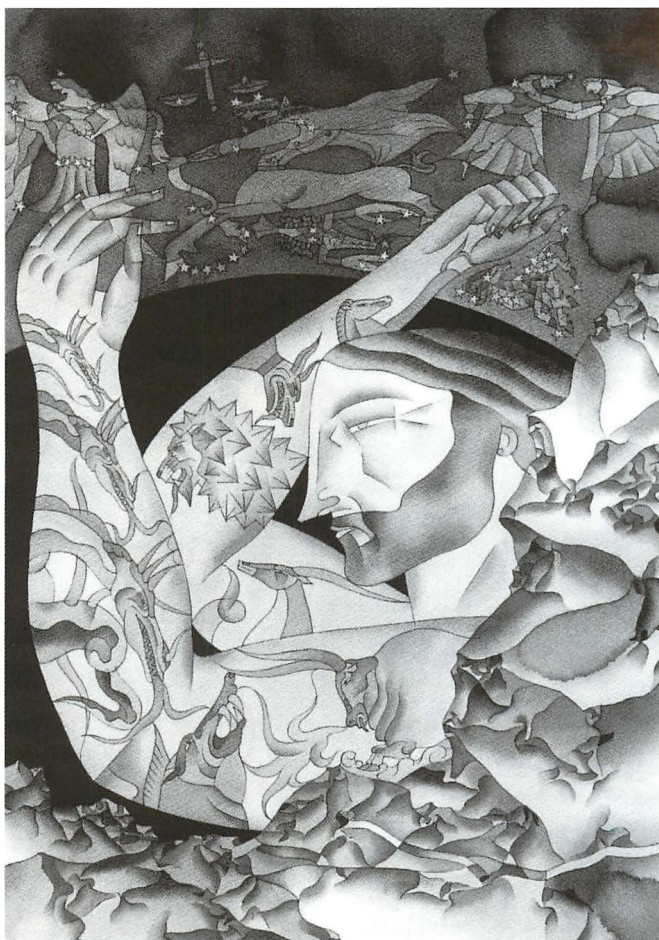


Ilustración de Miguel Calatayud para *Los doce trabajos de Hércules* (Alicante: Edicions de Ponents, 2010)

Ⓜ De las hazañas de Hércules, ¿cuál es tu favorita?

Ya he manifestado en alguna ocasión que traté a Hércules atendiendo a su condición humana. Prescindiendo de las deidades del Olimpo y, en la medida de lo posible, de toda la parafernalia sobrenatural con una excepción: el episodio del Jardín de las Espérides y el sustancioso papel reservado a Atlas, imprescindible como gigante obligado a sostener la bóveda celeste. Siendo yo niño, a menudo contemplaba el firmamento en compañía de mi padre. Él me contaba historias, entre ellas dos que me impresionaban: esta de Hércules y Atlas (mi favorita de la saga) y otra sobre el origen de la Vía Láctea.

Ⓜ **Polemiza Antonio Altarriba con tu interpretación de *Los 12 trabajos de Hércules*. Discrepa con la idea (que te atribuye) de que Hércules realiza estas tareas para purgar sus crímenes y sostiene que “[Hércules] se limita a cumplir la voluntad de Euristeo (...) [que] sólo quiere acabar con la vida de este bastardo al que Júpiter ha augurado un brillante destino. Por lo tanto, no se trataría de un ejercicio de expiación sino de superación, quizá simplemente de supervivencia”. ¿Qué le respondes?**

Seguramente, Altarriba tiene toda la razón y sus argumentos son incontestables. Sin embargo, yo diría que antes de iniciar *Los 12 trabajos*, manejando algunos libros de mitología clásica, llegué a una conclusión: los mitos no son del todo lineales; a veces resultan confusos e incluso surgen contradicciones. Decidí optar por la versión más convincente para mi propósito y la verdad es que en el momento de acometer las doce hazañas, sobre la conciencia del héroe pesaban demasiadas barbaridades. Dicho de otra forma: cualquier guión (propio en este caso) permite un gran margen de adaptación; a lo que hay que añadir que no hablamos de un estudio científico, hablamos de un tebeo.

Entrevista a Miguel Calatayud